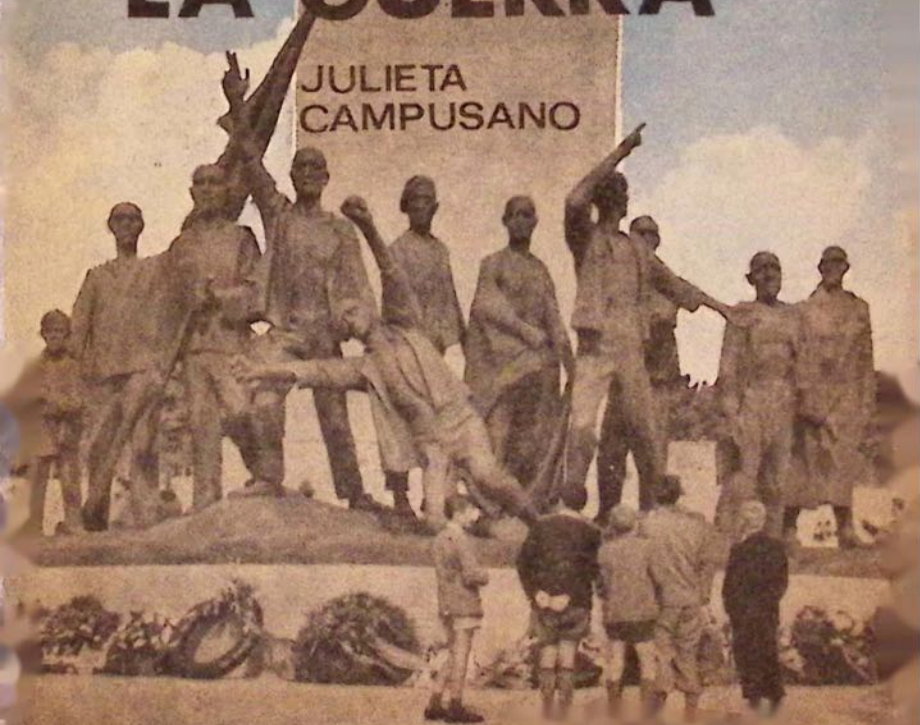


NUNCA MAS LA GUERRA

JULIETA
CAMPUSANO



050

**NUNCA
MAS
LA
GUERRA**

**JULIETA
CAMPUSANO**

ALGUNAS PALABRAS

Desde hace un par de decenios, el caso alemán provoca violentas e interminables polémicas. Cuanto acontece en suelo germano es nerviosamente registrado por los teletipos y esas noticias corren por el mundo. Es natural que así suceda. Tales hechos y sus imprevisibles consecuencias pueden, en menor o mayor grado, comprometer la seguridad y la paz de la humanidad.

La liquidación del militarismo, el castigo a los culpables de la guerra, la restauración de las bases democráticas y el futuro de Alemania, constituyeron una preocupación y una tarea fundamental para todos los pueblos convencidos de que la realización de esos objetivos posibilitaría la eliminación del peligro de guerra en aquel país. Sin embargo, ese peligro de guerra prevalece y la Alemania de hoy, dividida en dos campos opuestos, sigue conmoviendo a los hombres.

El imperialismo norteamericano y demás potencias occidentales se negaron a crear las bases para el desarrollo pacífico de Alemania; por el contrario, nuevos incentivos para el revanchismo surgieron de sus zonas de ocupación. Lógico era entonces que trataran de mostrar a los pueblos una imagen distorsionada de los hechos y en la cual aparecieran ellos como consecuentes defensores de los principios democráticos y el entendimiento pacífico entre ambas Alemanias.

La técnica propagandística del imperialismo tiene una sospechosa similitud con la empleada por el Ministerio de Propaganda de Hitler; una mortificante utilización de medios de difusión apoyada en el axioma "miente, miente mil veces que algo queda".

En el caso alemán y la cuestión de Berlín Oeste, las cosas han sido llevadas a un paroxismo absoluto y tenemos que re-

conocer que, de una u otra forma, se logró fijar en millones de seres una imagen equivocada de la República Democrática Alemana. Pocas ocasiones hemos tenido de presenciar un montaje tan fabuloso de la mentira industrializada y en virtud de la cual las miserias morales se elevaron a la categoría de patriotismo, el crimen al rango de acción heroica y el revanchismo fascista y la agresión a un mismo nivel que los principios democráticos por los cuales la humanidad ofrendó millones de vidas.

En el mes de marzo, tuve ocasión de visitar la patria del gran líder obrero y luchador antifascista Ernst Thälmann. Durante los breves días que permanecí allí se me dio la oportunidad de conocer desde muy cerca sus realizaciones económicas y sociales. Confieso que me impresionó profundamente el nivel alcanzado por esa Alemania de postguerra. Estuve cerca de sus niños, sus mujeres, sus jóvenes. Cierto que los adelantos industriales, la preocupación que se observa hacia el ser humano y el profundo respeto social que emana del régimen, son realizaciones extraordinarias; sin embargo, debo decir que hubo algo que me tocó más adentro e hizo vibrar mi sensibilidad proletaria: la conciencia antibélica que asoma en ese pueblo y se proyecta en mil formas creadoras. Es una especie de canto permanente a la paz que fluye en el trabajo, en la cultura, en el arte, en las canciones de los niños y los viejos, como reafirmando de que allí la semilla del socialismo cayó en suelo fecundo. No en vano, hace 33 años, ese símbolo obrero que se llamó Jorge Dimitrov estremeció la conciencia democrática de los hombres con su alegato contra el fascismo, alertando sobre sus planes criminales y señalando nuevas perspectivas a la humanidad.

50 millones de vidas fue el tributo que pagaron los pueblos por la paz.

A más de veinte años del derrumbe del nazismo y del militarismo en ese país, no podemos decir todavía que la causa de la paz está ganada definitivamente en toda Alemania. Como si el precio de 50 millones de vidas —12 millones de las cuales cayeron en campos de exterminio— y el de 28 millones de mutilados no fuera bastante, vuelven a agitarse las tendencias revanchistas, y la República Federal pasa a ser hoy día el único Estado europeo con pretensiones territoriales. En una palabra, los círculos monopolistas y militaristas de Bonn, con su exigencia de derechos respecto de armamentos nucleares, están creando situaciones similares a las que dieron origen a la Segunda Guerra Mundial.

Para poder explicarnos el proceso antagónico seguido por ambos estados alemanes en cuanto a política interior y exterior y conocer las causas de fondo que determinan que en una parte prevalezca una posición de fuerza y en otra se sostenga una política de paz, es indispensable volver a los esperanzados días que siguieron al término de la última conflagración mundial. Es necesario recordar algunos hechos fundamentales, esclarecer la posición y el espíritu que animaba a las potencias vencedoras, única forma de poner por encima de la tergiversación la verdad histórica de la Alemania de postguerra.



Durante la batalla de Berlín, estos niños fueron lanzados a combatir contra las tropas rusas. A costa de sus jóvenes vidas se trataba de facilitar la huida de los jerarcas nazis.

Concluido el asalto al corazón de la Alemania hitleriana, batidas sus diezmadras y fanáticas huestes, enfrentados a la justicia de los pueblos los criminales de guerra, los países aliados se reunieron en las cercanías de Berlín, en la ciudad de Postdam, para deliberar sobre las condiciones de una solución pacífica europea y sobre el futuro de Alemania.

Es preciso reconocer que los acuerdos de esa histórica conferencia no representaron las típicas imposiciones de vencedor a vencido. El carácter de la lucha antifascista, el desarrollo y la conciencia de los pueblos que habían participado en la contienda impregnaban esas decisiones de un contenido social y de una sincera preocupación por el futuro de la humanidad y el fortalecimiento de la paz.

El Acuerdo de Postdam en el preámbulo de su artículo tercero, que contiene el reglamento sobre Alemania, dice: El militarismo y el nazismo serán extirpados, y los aliados tomarán, tras mutuo acuerdo, tanto en el presente como en el futuro, las medidas que sean necesarias para que Alemania no pueda amenazar nunca más a las naciones vecinas, o el mantenimiento de la paz mundial. La intención de los aliados no es aniquilar o esclavizar al pueblo alemán. Los aliados quieren darle al pueblo alemán la posibilidad de prepararse para reorganizar su vida sobre bases pacíficas y democráticas. *Si los propios esfuerzos del pueblo alemán son dirigidos a alcanzar esa meta, le será posible, a su debido tiempo, ocupar su puesto entre los pueblos libres y pacíficos del mundo*".

Quedaba en claro que el espíritu de los vencedores no cerraba la puerta del futuro a la Alemania vencida; pero, sin embargo, esa posibilidad estaba condicionada a los propósitos mismos del pueblo alemán en cuanto al carácter de su desarrollo posterior. Por otra parte, con ello se creaban bases jurídicas para materializar, cuando las condiciones fuesen dadas, un *Estado alemán, unificado, democrático y dispuesto a la paz*.

Al Acuerdo de Postdam siguió una política de aplicación de los principios establecidos, en virtud de los cuales se crearon algunos centros de administración interna manejados por alemanes, evidentemente bajo la supervigilancia del Consejo de Control Aliado.

No todos estaban interesados en restaurar la democracia.

Sin embargo, a muy corto plazo, este espíritu democrático de las potencias comenzó a perder unanimidad, pues surgieron criterios encontrados frente a la aplicación de los acuerdos; de la discrepancia temporal se pasó al antagonismo obcecado y pronto pudo advertirse de que efectivamente no había entre las partes propósitos similares para el cumplimiento de las tareas propuestas. En las tres zonas bajo la tutela de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, las medidas de "desnazificación" se hicieron más lentas. Otro tanto aconteció con la confiscación de los bienes de los criminales de guerra, mientras que la política antimonopolios se dejaba sin efecto, todo lo cual constituía un flagrante atropello al Acuerdo de Postdam. La parte soviética advirtió que por este camino poco o nada se ayudaba a la causa de la paz, especialmente al dar protección a los monopolios, ya que con ello se dejaba sin castigo a quienes eran los verdaderos culpables de la pasada guerra.

Pero más que la protesta soviética y la de todos los pueblos respecto de los riesgos de tal política, pudo el sentimiento anti-soviético y antipopular esgrimido por los sectores dirigentes burgueses y los monopolios norteamericanos, cuya identificación con los capitalistas alemanes se hacía cada vez más evidente. Debemos reconocer que este fenómeno no era producto de situaciones eventuales, sino que enraizaba desde mucho antes que el mundo fuera golpeado por la hecatombe bélica. Era esa misma relación de clase que durante el transcurso de la guerra desempeñó papel decisivo en la supervivencia de la máquina nazi e hizo albergar a la burguesía monopolista mundial la secreta y alborozada esperanza de que la bestia parda aniquilaría a la patria del socialismo.

En 1947, el Director del Departamento contra los "Cartels" de la zona de ocupación occidental, James Martin, explicaba su dimisión al cargo en los siguientes términos: "Me he retirado como protesta contra las maquinaciones de las grandes compañías americanas en Alemania, sobre todo de la General Electric Company, la General Motors y de la Standard Oil Company. El pueblo americano se encuentra dirigido por los grupos monopolistas, quienes poseen su propia concepción sobre cómo debe tratarse a Alemania. Mis esfuerzos han sido inútiles ante los grupos interesados en erigir en el corazón de Europa una Alemania controlada por los monopolios".

En la misma medida en que las potencias occidentales iban dejando sin efecto los compromisos de Postdam, se hacía más visible la tendencia separatista, cuyo fondo venía siendo una especie de autodefensa frente a las acciones comunes del pueblo alemán y al Estado Soviético contra los últimos vestigios nazistas. El hecho de que en la zona de ocupación rusa se impulsara en forma consecuente una política antimonopolista, de confiscación de los bienes hitlerianos y se pusieran en marcha medidas de fondo en el agro, en la educación, y, fundamentalmente, en la propiedad privada de los medios de producción, acentuaba todavía más las diferencias entre las zonas de ocupación occidentales y la soviética.

Por qué Berlín se convirtió en un peligro para la paz del mundo.

En el desarrollo acelerado de estas dos políticas antagónicas, la cuestión de Berlín Oeste habría de alcanzar niveles críticos, poniendo al desnudo los propósitos ajenos a una política de paz por parte de las potencias imperialistas. Conviene recordar,

a grandes rasgos, las circunstancias que posibilitaron la ocupación conjunta de Berlín. La capital alemana, luego de una grandiosa batalla que marcó el ocaso definitivo del imperio nazi, fue totalmente ocupada por las tropas del Ejército Rojo. El 17 de mayo de 1945 se constituyó la primera autoridad municipal de Berlín. Por decisión de este poder edilicio, se confiscaron las fortunas de los nazis y las empresas de los criminales de guerra pasaron a manos de ese poder civil, es decir, fueron incorporadas al patrimonio popular.

Con el objeto de materializar los postulados de Postdam en lo referente a la liquidación del militarismo y el fascismo y su ulterior propósito de crear una Alemania de postguerra, como un todo único en lo económico y en lo político, las tres potencias aliadas occidentales se integraron a la ocupación y administración de Berlín. No obstante —y esto no merecía dudas a las partes— Berlín seguía bajo control soviético, en tanto que la presencia de las tropas occidentales obedecía sólo a necesidades propias del cumplimiento de las decisiones de Postdam en cuanto a las metas previstas para la ocupación de toda Alemania. No se trataba, por tanto, de un derecho emanado de un acuerdo, sino de una medida de carácter administrativo y dependiente del cumplimiento de los objetivos establecidos en distintas conferencias aliadas.

Por ello la vulneración de los acuerdos de Yalta y Postdam por los países capitalistas, en la práctica, caducó su derecho a continuar ocupando la capital alemana conforme a las normas establecidas en el Derecho Internacional. Esta verdad histórica hace caer en ridículo la argumentación de que todo Berlín nunca fue una parte de la zona soviética.

Todavía más, la Comandancia Aliada reconoció implícitamente esta dependencia al ratificar todas las disposiciones soviéticas vigentes hasta el momento de la ocupación conjunta. En sus memorias, el Primer Comandante de las tropas de ocupación norteamericanas, Howley, recuerda la adopción de la Orden Nº 1 que reconocía el control de la Unión Soviética, con las siguientes palabras: "Al firmar ese documento, nosotros nos conformábamos al control ruso sobre Berlín".

La sola presencia de tropas occidentales provocó un cambio



Multipliquemos sin cesar esta escena para acercarnos a la visión de horror que dejara el fascismo...

sustancial en la política seguida hasta ese entonces en el Berlín Oeste. En dicha zona, surgieron dificultades para la administración unificada; la búsqueda de criminales de guerra perdió vigencia, y, con sospechoso celo, comenzaron a ponerse en práctica diversas maniobras orientadas a impedir la unidad de los partidos de la clase obrera. En esta forma, el control fue pasando progresivamente a manos del mando occidental y en la misma forma se fue gestando una administración separatista. Al calor de tan benévola protección, la burguesía monopolista comenzó a reorganizar su poder económico y lo hizo con tal brío que ya en 1947 contaba con no menos de 200 asociaciones de empresarios que tomaron en sus manos los bienes y capitales de las empresas nazistas y las instituciones fascistas que el pueblo alemán y el mando soviético habían disuelto.

En diciembre de 1947, con motivo de la Conferencia de Ministros del Exterior, el "New York Herald Tribune" decía: "Hemos llegado al final de la calle, los tiempos de Yalta han pasado. La división de Alemania nos deja las manos libres para incluir a Alemania Occidental dentro del sistema de Estados Occidentales".

El 20 de junio de 1948, la introducción de una moneda separada en Berlín Oeste aceleró la división definitiva de la ciudad. A pesar de las protestas y esfuerzos de la Unión Soviética y de todas las fuerzas antifascistas, en septiembre de 1949 fue creada la República Federal Alemana. Sobre este grave paso dado en contra de la solución pacífica del problema alemán, el Gobierno soviético entregó una nota por la que expresaba:

"El Gobierno soviético considera necesario indicar la gran responsabilidad que el Gobierno de los Estados Unidos tiene en ello, ya que los Estados Unidos de América, junto con Gran Bretaña y Francia siguen una política alemana que ha conducido a la creación en Bonn de un gobierno separado, antipopular, enemigo de las resoluciones de la Conferencia de Postdam sobre la democratización de Alemania y contrario a las obligaciones adquiridas por Alemania, lo cual es incompatible con los intereses de una Europa pacífica".

Como una alternativa democrática del pueblo alemán, se creó el 7 de octubre de 1949 la República Democrática Alemana. Su primer Presidente fue Guillermo Pieck, experimentado funcionario obrero y abnegado luchador antifascista.

La existencia de un Estado Obrero exacerbó a las potencias occidentales, cuya réplica consistió en elevar más todavía la tensión en los límites de las zonas de ocupación de Berlín contando con la ayuda de los círculos reaccionarios y revanchistas alemanes.

El Alcalde de Berlín Oeste, Reuter, no tuvo empacho en manifestar públicamente en 1951 que Berlín debía ser la llave "con la que podremos un día abrir las puertas del Este". En 1953 el mismo Reuter declaraba a la revista norteamericana "Newsweek" que Berlín Oeste era para él "la bomba atómica más barata".

Tales ilusiones neofascistas se apoyaban en el hecho de que Berlín se encuentra ubicado en el corazón mismo de la República Democrática Alemana y bastante próximo a las fronteras de Checoslovaquia y Polonia, lo cual evidentemente es un apetecible puente hacia el mundo socialista, y una avanzada dentro de una república popular.

Los jerarcas nazis regresaron con gloria y majestad.

Tan siniestros planes revanchistas terminaron por convertir a Berlín Oeste en el polvorín de Europa. En 1959, había en la administración pública del Berlín Occidental nada menos que 20.000 funcionarios que pertenecieron al aparato estatal fascista, de los cuales 10.000 fueron militantes del Partido Nazi. Otro tanto acontecía en el resto de la Alemania Federal. *Heinrich Lubke*, ex capitán de la "Wehrmacht" —el ejército de Hitler— que había participado en la construcción del cen-



¿Confiaría Ud. misiones de paz a estos buenos muchachos yanquis?

tro para cohetes de Peenemunde, donde se emplearon centenares de presos de los campos de concentración y prisioneros de guerra, posteriormente asesinados, que había proyectado y firmado con su puño y letra los planes secretos del campo de concentración de Neu-Stassfurt, infierno para 500 lucha-

dores de la resistencia francesa que fueron obligados a trabajar en tales obras; el mismo Heinrich Lubke pasaba a asumir la Presidencia de la República Federal.

Ludger Westrick, sucesor del asesino de judíos Globke, condenado a cadena perpetua en la República Democrática Alemana, asumía como Ministro Federal y Jefe de la Cancillería de Bonn.

Kart Blessing, integrante del círculo de amigos de Himmler y dirigente nazi de la economía de guerra, se instalaba en la presidencia del Banco Federal.

Kart Vialon, jefe contable de los bienes de los judíos asesinados o relegados a campos de exterminio y participante en la "solución final" de la cuestión judía, pasaba a desempeñarse como Secretario de Estado en el Ministerio Federal de Bonn para la Cooperación Económica que coordina todos los problemas de la política neocolonialista.

Y junto a estos connotados nazistas se ubicaban centenas de jerarcas en las labores del Estado, la economía, la administración, el ejército, la justicia y las ciencias.

Para completar el cuadro que presentaba Berlín Oeste en 1959, cabría anotar que en ese año ya existían 50 asociaciones militaristas, más de 90 centros de espionaje, sabotaje, y otras actividades subversivas. No eran menos los servicios secretos norteamericanos, ingleses y franceses. Las organizaciones nazistas volvían a exhibir sus fatídicos pabellones gamados, y, en las ceremonias públicas, ocupaban sitios destacados los ex miembros del ejército hitleriano que lucían orgullosos sus cruces de caballero.

Un muro contra el odio, la provocación y el militarismo revanchista.

En este recuento de hechos nos parece importante analizar, a la luz de la verdad histórica, las causas que obligaron a la República Democrática Alemana a adoptar diversas medidas de seguridad, entre ellas el muro fronterizo de Berlín. Digo que es importante, porque no sólo da la oportunidad de salirle al paso a la calumnias y a la tergiversación, sino que ayuda a comprender mejor los aspectos básicos en que se apoya la política interior y exterior de uno u otro Estado alemán.

Hay un hecho cierto para quienes han seguido de cerca el proceso alemán y sus ulteriores consecuencias: las fronteras entre ambos territorios existían desde mucho antes que fueran materializadas. Comenzaron a edificarse desde el instante mismo en que el espíritu de los Acuerdos de Postdam se fue desvirtuando, desde que el criminal de guerra encontró protección en vez de castigo, desde que los monopolios recomenzaron sus faenas revanchistas, desde que el militarismo fascista volvió a impregnar una parte del territorio germano con su prédica de odio, provocación y anticomunismo. Antes de que hubiera un muro de seguridad entre las dos Alemanias, había ya otro brutalmente clavado en medio del corazón pacífico del pueblo alemán. Y esa muralla no la levantaron los luchadores antifascistas, ni la clase obrera ni las potencias populares, sino que es obra de los monopolios de guerra germano-occidentales y norteamericanos.

Era por tanto explicable que durante mi visita a Berlín me preocupara recoger testimonios directos sobre sus asuntos más candentes. Por años, quíralo o no, también había tenido que soportar la presión abrumante de las agencias noticiosas occi-



Para muchos el cambio de un marco federal por cinco marcos orientales se transformó en una fuente inagotable de prosperidad...

dentes procurando una imagen tenebrosa de la muralla y de la República Democrática.

Pero los mitos son fuertes sólo hasta el instante en que deben enfrentar a la realidad. Y es precisamente esa misma realidad la que, con los años, ha ido dando mayor fuerza al testimonio entregado por el distinguido profesor universitario Alberto Baltra en su libro "Tres países del mundo socialista", que en una de sus partes dice:

"Hasta agosto de 1961, no menos de 55 mil alemanes vivían en Berlín Socialista y trabajaban en Berlín Occidental. ¿Qué de malo había en ello? Para explicar el problema recurriremos a un ejemplo muy sencillo. Supongamos dos obreros de la misma especialidad y calificación. Supongamos además, que cada uno ganaba 100 marcos. El que trabajaba en Berlín

Occidental y vivía en Berlín Socialista, al término de la semana percibía 100 marcos, pero en una casa de cambio los canjeaba por marcos orientales al tipo de uno por cinco, o sea, llegaba a su casa en Berlín Socialista con 500 marcos. El obrero que trabajaba y vivía en Berlín Socialista recibía un salario de 100 marcos y éste era su ingreso semanal definitivo. Como los precios de Berlín Socialista no son cinco veces más caros que los de Berlín Occidental, resultaba entonces que los trabajadores ocupados en Berlín Occidental con residencia en Berlín Socialista disfrutaban un nivel de vida mucho mejor que los obreros que trabajaban y vivían en Berlín Socialista, todo ello por obra y gracia de un tipo de cambio absolutamente ficticio, manipulado con ostensibles propósitos políticos. El más elemental buen sentido que indicaba que, a la larga o a la corta, todos los empleados y obreros de Berlín Socialista iban a terminar residiendo en este Berlín y trabajando en el otro. En consecuencia, había una disminución de fuerza de trabajo, con daño evidente y grave para la economía de la Democracia Popular Alemana. Además, para el habitante de Berlín Federal era en extremo conveniente hacer sus compras en Berlín Socialista. Con un marco de los suyos obtenía en las casas de cambio de Berlín Occidental cinco marcos orientales. Las dueñas de casa tenían así un sistema muy barato de aprovisionarse, reduciendo las disponibilidades alimenticias de Alemania Democrática. También resultaba baratísimo para el berlinés occidental asistir a los teatros y espectáculos de Berlín Socialista, que son excelentes. Era, además, negocio tentador y lucrativo adquirir en Berlín Socialista objetos valiosos. Cuando estuve en Berlín Occidental, alguien aficionado a la música me decía desolado que, desde agosto de 1961, ya no podía comprar discos en Berlín Socialista como lo hacía antes. En Berlín Occidental un buen disco "long play" cuesta 36 marcos. En Berlín Socialista, sólo vale once. Entonces el residente en Berlín Occidental, con un poco más de dos marcos occidentales, obtenía en una casa de cambio los once marcos y compraba el disco que, en último término, no le costaba sino dos marcos y algunos centavos.

En fuentes oficiales de la República Democrática se afirma

que por este medio la economía sufrió pérdidas que se estiman en 3.500 millones de marcos al año. Con esta suma, agrega, podían haberse construido alrededor de 120 mil modernas viviendas de gran confort. La muralla puso fin a este tráfico".

Hasta aquí el testimonio personal del señor Baltra.

Sin embargo, no sólo había motivos económicos para la adopción de medidas de seguridad, sino otros que aconsejaban poner a cubierto de la agresión al territorio. En efecto, ya en 1960, la República Democrática de Alemania tenía conocimiento de los planes de una guerra relámpago en su contra. Se trataba de planes elaborados por el Estado Mayor germano-occidental bajo la denominación MC 96, que preveían la agresión armada para el otoño de 1961.



Un túnel que permitía interceptar todas las llamadas telefónicas del país.

La resolución del Consejo de Ministros de la República Democrática Alemana, llevada a la práctica el 13 de agosto de 1961, expresaba: "Con el fin de impedir la actividad agresiva de las fuerzas revanchistas y militaristas de Alemania Occidental y de Berlín Oeste se efectuará un control en las fronteras de la República Democrática Alemana, incluyendo las fronteras de todos los sectores occidentales de Berlín y sus alrededores como el que es común a todo estado soberano. Se mantendrá una seria vigilancia y control eficaz en la frontera con Berlín Oeste a fin de impedir toda actividad de agitación".

Durante mi estada en Berlín Oriental sostuve conversaciones con algunos oficiales encargados de la vigilancia fronteriza, quienes me entregaron nuevos antecedentes sobre el clima de tensión que existía antes del cierre de las fronteras y la posterior política de provocación contra los soldados de la República Democrática.



Una de las víctimas de la agresión revanchista en Berlín. En junio de 1962 cayó bajo las balas de un francotirador occidental el guarda Reinhold Paul Huhn.

Por ejemplo. El 22 de abril de 1956 se descubrió un túnel de 300 metros construido por soldados norteamericanos que comunicaba con la central telefónica de Berlín Este, permitiendo interceptar todas las llamadas del país. Entre 1960 y 1961 el servicio de seguridad detuvo a nada menos que 4.000 agentes federales que operaban en el territorio.

Presenció la proyección de documentales sobre incidentes ocurridos en la zona divisoria. En uno de ellos hay una escena que muestra a varias mujeres, posiblemente prostitutas, que se desnudan estimuladas por las carcajadas de soldados norteamericanos borrachos y vociferan insultos hacia el otro lado de la frontera. Me mostraron fotos de una provocación que costó la vida a un guardia oriental, en las cuales aparecen periodistas y cámaras de televisión indicando a las claras lo premeditado del hecho. Hay otras que muestran a agentes occidentales lanzando botellas con colorantes por encima del muro.

Ha dejado de constituir una novedad el que se ubiquen detrás del muro vehículos con altoparlantes que lanzan proclamas o insultos hacia la República Democrática.

Tales actos generalmente son seguidos por disparos desde el lado occidental, lo cual indica el grado de peligrosidad que reviste para los soldados de la República Democrática el resguardo de sus fronteras. Sin embargo, por encima de la provocación audaz y el crimen, han prevalecido la serenidad y firmeza del ejército popular impidiendo que los incidentes pasen a situaciones de mayor envergadura, serenidad que sólo es posible cuando se tiene real conciencia de los valores en juego y de la importancia de éstos para la paz mundial.

Para desesperación de los revanchistas los efectos de las medidas de seguridad fueron inmediatos. El peligro de una tercera conflagración mundial, cuyas consecuencias eran fáciles de prever, dado el armamento atómico de que disponían las fuerzas armadas del bloque de la OTAN y de la Organización del Tratado de Varsovia, comenzó a disminuir. De otra parte, esta nueva situación contribuyó a poner en mayor evidencia el que la solución del problema alemán no podía lo-

grarse por métodos bélicos, sino mediante las negociaciones y el entendimiento pacífico entre Estados de distinto orden social.

Quiénes huyen y por qué lo hacen.

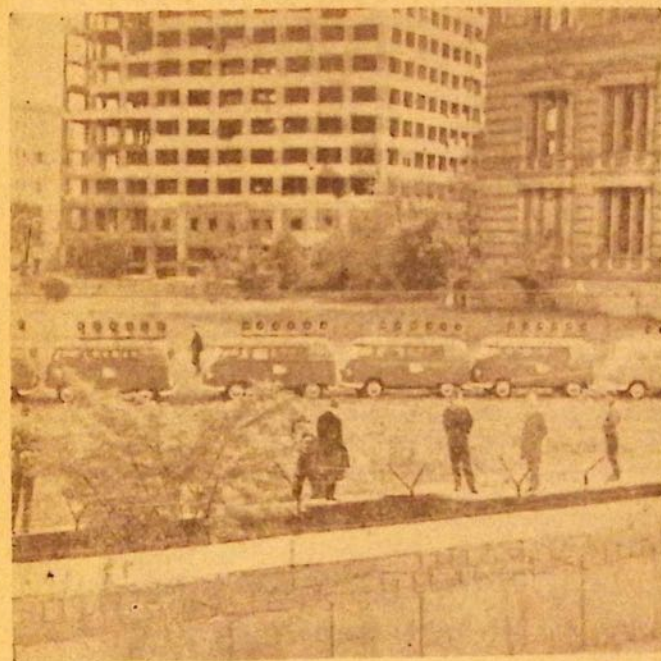
Otro aspecto de la cuestión alemana que es indispensable mostrar, de acuerdo a su realidad histórica, es el de los refugiados.

Los orígenes de dicho problema se remontan a los días de la ocupación militar de Alemania en 1945. Esta materia ha sido mañosamente utilizada por las agencias noticiosas occidentales, orientándose a mostrarla como un repudio al orden social imperante en la República Democrática Alemana.

El hecho en sí, como un fenómeno concreto, existe y jamás fue negado por la Alemania Oriental. Lo que resulta inadmisibles es que a ese éxodo se les atribuya móviles extraños y sean precisamente los culpables de él quienes pretendan sacar jugosos dividendos.

¿Quiénes huyeron de la parte oriental y cuáles eran las razones que los impulsaba a ello? Las razones son muchas, variadas y complejas, pero podemos citar algunas.

De la República Democrática Alemana —que en su primera etapa era zona de ocupación soviética— escaparon apresuradamente miles de alemanes que no deseaban rendir cuenta de sus actividades durante la Alemania nazi; escaparon quienes habían sido desposeídos de sus grandes latifundios en virtud de una auténtica reforma agraria; escaparon quienes perdieron sus medios de producción al pasar éstos a manos del pueblo; salieron quienes por sus concepciones y forma de vida no encuadraban en el nuevo orden social; salieron quienes estaban convencidos de que la liquidación de la explotación del hombre por el hombre significaba conculcar los principios



Los altoparlantes sólo sirven para elevar el tono de la voz, pero no por eso son los argumentos más convincentes

de la libertad, la democracia y el libre desarrollo del hombre; salieron —y no fueron pocos— quienes tenían dificultades con la ley por delitos comunes; salieron quienes se percataron de las apetitosas ganancias que ofrecía el negocio del anticomunismo. Pero éstos no fueron todos, salieron otros que, sin tener tachas morales, se dejaron guiar por sus prejuicios pequeñoburgueses y la prédica anticomunista. Y también salieron obreros y trabajadores de alta calificación deslumbrados

por la perspectiva de mejores salarios, los que abultados por el cambio ficticio, les permitía alcanzar niveles de vida más allá de lo normal o legal.

Sin embargo, ninguno de esos refugiados pudo, sin faltar a la verdad, decir que su evasión obedecía a la falta de trabajo, a la miseria o la carencia de posibilidades de desarrollo. Por ello, resulta bastante significativo el silencio que han guardado las agencias informativas occidentales sobre el proceso inverso, es decir, respecto a los miles de alemanes que cruzaron la frontera hacia la República Democrática, porque quienes así lo hicieron tenían razones fundadas y realmente deseaban reconstruir sus vidas en un ambiente de paz.

El tenebroso mito creado en torno al cierre de las fronteras no pudo resistir mucho tiempo. Entre el 18 de diciembre de 1963 y el 5 de enero de 1964 un millón doscientos mil habitantes de Berlín Occidental cruzó la línea divisoria de la ciudad para visitar a sus parientes y pudo imponerse del alto nivel de vida y de la pacífica y progresista existencia que se desarrollaba en el lado oriental.

Dos políticas opuestas: doctrina de la paz y doctrina Hallstein.

Resulta de indudable interés registrar algunos hechos que configuran la conducta seguida por ambos Gobiernos alemanes respecto a sus compromisos internacionales.

En 1951 la República Democrática propuso un proyecto de ley electoral que apoyado en las leyes electorales de Weimar —vigente en el período de postguerra de la Primera Guerra Mundial— posibilitaba realizar elecciones generales en toda Alemania. El 27 de septiembre de 1951 Konrad Adenauer en-

tregó su opinión al Parlamento en los siguientes términos: "La unión de los territorios de la zona soviética con la República Federal será el primer paso hacia la reunificación de Alemania".

Desde agosto de 1953 a diciembre de 1954 la República Democrática dirigió al Gobierno Federal nada menos que 26 proposiciones constructivas y encaminadas a restaurar la unidad alemana. Ninguna de ellas mereció respuesta de Bonn.

A cuatro meses del ingreso de la República Federal a la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se proclamó en el territorio germanooccidental la doctrina Hallstein. En julio de 1965, a diez años de vigencia, reporteros de la televisión federal preguntaron al hombre de la calle de la República Federal qué opinión le merecía la doctrina Hallstein, y no menos del 70% manifestó no conocerla. Sin embargo, esa doctrina bélica ha venido siendo una especie de credo de la política exterior de la Alemania Occidental. Su autor, de quien deviene el nombre, era en 1955 subsecretario de Bonn y lucía un conspicuo pasado nazista. Apoyada en sus principios, la República Federal autoproclama sus derechos a la representación exclusiva de toda Alemania y se reserva el privilegio de romper relaciones diplomáticas, económicas y culturales con cualquier país que reconozca a la República Democrática. En virtud de esta doctrina el equipo de fútbol de la Alemania Oriental no pudo actuar en nuestras canchas.

Resulta bastante esclarecedor el comentario del periódico sueco "Orebro Kuiren", de 26 de marzo de 1955, donde se lee: "Yugoslavia es el único país que fue tratado consecuentemente en concordancia con la doctrina Hallstein. Cuando Tito reconoció diplomáticamente a la Alemania Oriental, Bonn rompió sus relaciones diplomáticas con Yugoslavia. Pero los negocios de importación y exportación de Yugoslavia y Alemania Occidental florecen... El Gobierno de Bonn se enfurece con todo país que traba estrechas relaciones con Alemania Oriental. Pero el propio Gobierno de Alemania Occidental no vacila en aumentar el comercio con Alemania Oriental... La doctrina Hallstein significa, pues, en cierta medida, una hipocresía diplomática".

Sin embargo, esta doctrina, que ha ido cayendo en el descrédito por atentar contra la soberanía y la política exterior independiente de los países, ha afectado negativamente el entendimiento y la reunificación pacífica de Alemania.

Como una alternativa democrática y pacífica a la doctrina Hallstein, la República Democrática proclamó la *doctrina de la paz*, luego de que ese Gobierno y la Unión Soviética firmaron un tratado de paz y asistencia mutua.

La doctrina de la paz se basa en tres principios:

1.— El reconocimiento de las actuales fronteras alemanas es garantía de una mayor seguridad en Europa.

2.— El reconocimiento de la igualdad de derechos de ambos Estados alemanes y el respeto a su derecho de autodeterminación, aseguran la paz en Alemania y Europa, y abren el camino hacia la reunificación en una Alemania amante de la paz.

3.— La normalización de las relaciones de los Estados de Europa, Asia, Africa y América con los Estados Alemanes, es una contribución a la seguridad en Europa y al entendimiento entre alemanes.

En el punto tercero se deja muy en claro lo importante que es la ayuda de terceros Estados a la solución pacífica del problema alemán.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de la República Democrática, la política armamentista y de provocación siguió adelante. En 1957 se conoció la existencia de bombas atómicas en la República Federal y en 1958 el Gobierno de Bonn aprobó oficialmente la resolución de pertrechar a las unidades de su ejército con armamento atómico.

Desde hace algún tiempo a esta fecha pueden contabilizarse más de 150 propuestas de parte de la República Democrática insistiendo en la renuncia a las armas nucleares, el desarme y la extensión del comercio y la reunificación del país.

La construcción del socialismo en la República Democrática Alemana.

En la Constitución de la República Democrática se dice: "Todo el poder emana del pueblo".

Por primera vez en la historia el pueblo alemán ha participado de manera activa en la elaboración de su Constitución, consagrando jurídicamente los derechos y deberes de su nuevo orden social.

Cinco partidos políticos representan la opinión ciudadana en los distintos organismos estatales: el Partido Socialista Unificado, el Partido Democrático Campesino, la Unión Cristiana-Demócrata, el Partido Liberal-Demócrata y el Partido Nacional-Demócrata de Alemania. La existencia de varias agrupaciones políticas desmiente el infundio que lanzan los voceros occidentales respecto al ejercicio del poder por parte de un partido monopolista: el Socialista Unificado. Si bien es cierto que este partido mantiene predominio en la correlación de fuerzas del país, ello deviene del carácter de clase de la ideología que profesa: el marxismo leninismo, y del hecho que en su seno se agrupen los más preclaros luchadores antifascistas.

El poder estatal lo ejercen la Cámara del Pueblo, elegida democráticamente, y las representaciones locales electas. En la Cámara del Pueblo hay 282 obreros, 52 campesinos, 70 empleados, 23 intelectuales, 59 artesanos y pequeños propietarios y 2 eclesiásticos.

Dentro de la composición actual de la Cámara del Pueblo hay 127 mujeres, que representan el 25% del total. Otro tanto acontece en el Gobierno, donde participan 6 mujeres, siendo una de ellas Viceministro y tres miembros del Consejo del Estado.

En la República Democrática existe una legislación progresista y humanitaria que protege a los ciudadanos en todos los aspectos más importantes de su vida. Gozan del derecho al trabajo y a la elección de él, pero, a diferencia de lo que acontece en Chile, esto determina una efectiva incorporación de la fuerza de trabajo a la economía del país, sin exclusiones de ninguna especie.

Estos derechos alcanzan por igual a la mujer alemana, razón por la que en la actualidad desempeña un papel de primer orden en el plano económico, político y cultural. En la República Democrática el 70 al 75% de las mujeres trabaja, constituyendo el 50% del total de trabajadores. En la Universidad mantiene un porcentaje similar al de los estudiantes hombres.

Sin lugar a dudas que la incorporación masiva de la mujer al trabajo se ha visto facilitada con la instalación de miles y miles de salas cunas y jardines infantiles, tanto en centros de trabajo o poblaciones obreras.

Uno de los aspectos que más impresionaron mi sensibilidad de trabajadora y que a la vez representa uno de los principios supremos de ese Estado socialista, es la protección social de que gozan el trabajador y su familia. Allí todos los riesgos a que está expuesto el individuo en su actividad laboral y ciudadana los contempla la legislación vigente, retribuyendo en forma justa y oportuna la pérdida temporal o definitiva de la fuerza de trabajo. Garantía principal en esto lo representa el hecho de que la previsión social se encuentre en manos de la Confederación de Sindicatos Libres Alemanes.

Para ilustrar lo aseverado, me permitiré hacer una breve descripción de mi visita a la Casa de Ancianos "Helmut Lehmann", de la ciudad de Berlín. Dicho establecimiento no constituye una excepción: como él hay 914 que albergan a 55 mil ancianos en todo el país.

La Casa de Ancianos "Helmut Lehmann" funciona en un edificio de cinco pisos, en cada uno de los cuales hay dos salas para recibo de visitas. Es una casa alegre, llena de flores, donde uno ve decenas de cabezas canas que se desplazan con pasos menudos o permanecen recostadas en confortables sillones. En el tercer piso funciona un aparato de televisión



Con la misma dulzura que las flores...

y en ese mismo lugar, dos veces al mes, llegan a actuar artistas de diversos espectáculos berlineses.

Durante mi recorrido por sus dependencias, me impuse con extraña emoción de la forma en que el Estado y el pueblo alemanes expresan su respeto a la vejez. Respeto que difiere en forma total al humillante de que es objeto el anciano en nuestro país y cuya única expresión material es la limosna, ya que aquél surge como una manifestación de reconocimiento y afecto por el esfuerzo ya entregado a la comunidad y una comprensión realista de la senectud.

Jutta Stegemann, profesora parvularia, me iba describiendo las características del establecimiento. Vimos una excelente biblioteca, dormitorios para dos personas, servicio de lavandería propio, gratuito, etc. Me informó que aparte del personal de servicio, la Casa de Ancianos dispone de dos enfermeras en el día y una en la noche, como asimismo de la atención de un médico dos veces por semana.

Mi interlocutora me decía: los ancianos son como los niños, traviesos y porfiados, por ello tenemos que tratarlos con energía o blandura según aconsejen las circunstancias, pero jamás perdiendo la perspectiva de que a su edad es más constante la búsqueda de cariño y amor.

El régimen interno a que están sometidos los ancianos, cuyo promedio de edad oscila entre los 75 y 80 años, contempla algunas severas reglas. Por ejemplo, les está prohibido levantarse antes de que hayan tomado su desayuno o regresar pasadas las 22 horas, por razones de salud.

Todos los ancianos reciben una pensión estatal de 135 marcos mensuales, con los cuales pagan entre 30 y 40 marcos por concepto de estada y alimentación y dejan el resto para gastos personales. Resulta casi obvio señalar que la mantención de estas Casas de Ancianos recae sobre el Estado.

A una pregunta, sobre cuál era la situación de aquellos ancianos que no eran asegurados, la profesora Stegemann me respondió: "En todos esos casos el Estado asigna pensiones sociales, partiendo del criterio de que nadie puede subsistir sin trabajar, menos si ha tenido que vivir en un régimen capitalista y en él no usufructuó del trabajo ajeno".

La iglesia en la República Democrática materializa los ideales cristianos.

Uno de los temas más controvertidos y susceptibles a la tergiversación es sin lugar a dudas el de la libertad de culto en los países socialistas.

En lo que respecta a la República Democrática me parece útil reproducir algunos conceptos vertidos durante una entrevista que sostuviera el Presidente del Consejo de Estado, Walter Ulbricht, con una delegación de teólogos y ciudadanos cristianos y en la cual se hizo entrega a ese Jefe de Estado de una carta firmada por 32 mil cristianos evangélicos y católicos en que daban aprobación a la declaración programática del Consejo de Estado sobre la comunidad de intereses en los objetivos del socialismo y el cristianismo.

En aquella oportunidad el Presidente Ulbricht, agradeciendo la adhesión, manifestó: "El capitalismo y el cristianismo original son —según me parece a mí— antagonismos incompatibles. Por el contrario, el socialismo, con todas las imperfecciones que puede tener aquí o allí, supone la realización de los ideales cristianos humanitarios y sociales. Las clases dominantes en el capitalismo han utilizado y hecho abuso de la iglesia cristiana como arma contra el socialismo. Pero, como consecuencia de nuestra cooperación práctica y fraternal se ha llegado más y más a la conclusión de que socialistas, comunistas y cristianos —independientemente de su diferente concepción del mundo— pueden convivir sobre esta tierra en la configuración de la vida y de la sociedad y en el afianzamiento de la paz y que, sencillamente, deben cooperar. "Luego agregó: "¿Cuáles son las sencillas ideas y objetivos que nos unen? La paz, el humanismo, el respeto mutuo, la dicha y el bienestar de los hombres honrados, la dicha de la familia,

niños sanos de cuerpo y alma. Esto es lo que todos aspiramos. Y en ello no veo ningún motivo de divergencia entre ateos y cristianos”.

Ahora bien, veamos cómo se expresa en la práctica esa cooperación fraternal entre el Estado y las distintas iglesias. Allí, todas las comunidades religiosas, sean evangélicas, católicas o de otra índole, están consagradas jurídicamente como instituciones o asociaciones civiles. En las 7.800 comunidades eclesiásticas de las iglesias provinciales evangélicas offician unos 6.000 pastores y vicarios, 5.500 catequistas, 4.000 ayudantes y 5.550 diáconos y diaconisas. En cuanto a la iglesia católica se registran 1.443 sacerdotes, unas 2.700 religiosas y un gran número de empleados eclesiásticos.

El libre ejercicio de la religión está bajo la protección de la República, y los feligreses pueden asistir a los oficios que deseen. Todavía más, el Estado ayuda a la edificación o restauración de templos o casas de comunidades, poniendo especial interés en los monumentos de la arquitectura religiosa. Se estima que entre 1958 y 1962 se destinaron con tal objeto seis millones de marcos.

Una juventud libre y creadora.

La República Democrática Alemana es un pueblo joven con una historia milenaria. En el transcurso de sus 16 años como Estado popular y socialista ha tenido la oportunidad de formar una juventud distinta, con instrucción superior, que colabora decididamente en el desarrollo del país. Educada dentro de los principios humanistas del socialismo constituye la vanguardia más valiosa en el cumplimiento de los objetivos del pueblo alemán, el desenvolvimiento pacífico y el acerca-



Ellos no
conocerán
la guerra...

miento hacia la juventud de la Alemania Federal. La pujanza creadora de esos jóvenes, obreros y campesinos, no relega al olvido las hermosas palabras de Goethe: “Has de ascender o descender, dominar y vencer o servir o perder; sufrir o triunfar, ser yunque o martillo”.

En la República Democrática el joven adquiere el derecho a voto a los 18 años y a los 21 puede ser elegido.

La Juventud Libre Alemana agrupa gran parte de los muchachos y muchachas del país, muchos de los cuales desempeñan cargos de dirección estatal. Esta organización juvenil tiene su propia fracción en la Cámara del Pueblo.

El principio de “salario igual por trabajo igual” rige para la juventud, pero la ley garantiza una jornada de trabajo más corta y vacaciones más largas que lo normal.

Refiriéndose a la juventud el Comunicado del Buró Político



Jóvenes de todo el mundo estudian en la RDA.

rra, se basa fundamentalmente en el cabal cumplimiento que ha dado a los acuerdos de Postdam.

Como hemos podido apreciarlo a través de la lectura de este breve folleto, en la República Democrática se han establecido firmes y definitivas premisas que garantizan su desarrollo pacífico. El carácter mismo de su orden social determinó que fueran excluidas de su territorio todas aquellas fuerzas culpables de la guerra. En su dirección se encuentran probados antifascistas y una generación entera ha sido formada dentro de un espíritu de paz, de amistad hacia todos los pueblos, de justicia y progreso.

En consecuencia, su aspiración a ocupar un puesto entre los pueblos libres y defensores de la paz del mundo es legítima y ha llegado la hora de materializarla.

Impresora "Horizonte": Lira 363.